

CAPÍTULO IX

Llega Jantipo a Cartago y se le entrega el mando de las tropas. – Ordenanza de cartagineses y romanos. – Batalla de Túnez y victoria cartaginesa. – Reflexiones sobre este acontecimiento.

Por este tiempo (año -255), llegó a Cartago cierto conductor, de los que habían sido anteriormente enviados a Grecia, conduciendo un gran reemplazo de tropas, entre las que venía un cierto Jantipo, lacedemonio, educado a la manera de su país y bastante conocedor del arte de la guerra. Éste, informado por una parte del descalabro ocurrido a los cartagineses, y del cómo y de qué manera había pasado; por otra contemplando los preparativos que aún les restaban y el número de su caballería y elefantes, rápidamente echó la cuenta y declaró a sus amigos que

los cartagineses no habían sido vencidos por los romanos, sino por la ineptitud de sus comandantes. Divulgada prontamente por los circunstantes entre la plebe y los generales la conversación de Jantipo, deciden los magistrados llamar y hacer experiencia de este hombre. En efecto, viene, les hace ver las razones que le asistían, demuestra los defectos en que habían incurrido y asegura que, si le dan crédito y se aprovechan de los lugares llanos, tanto en las marchas como en los campamentos y ordenanzas, podrían sin dificultad no sólo recobrar la seguridad para sus personas, sino triunfar de sus enemigos. Los jefes aplaudieron sus razones, y convencidos le confiaron el mando de las tropas.

Cuando se divulgó entre el pueblo la voz de Jantipo, circulaba ya un cierto rumor y fama que hacía abrigar de él a todos grandes esperanzas. Pero cuando sacó el ejército fuera de la ciudad, le puso en formación y comenzó, dividido en trozos, a hacer evoluciones y a mandar según las reglas del arte, se reconoció en él tanta superioridad respecto de la impericia de los precedentes comandantes, que todos manifestaron a voces la impaciencia de batirse sin tardanza con los contrarios, en la firme seguridad de que no podía ocurrir cosa adversa bajo la conducta de Jantipo. Con estas disposiciones, aunque los jefes reconocieron que las tropas habían recobrado su espíritu indecible, sin embargo las exhortaron según la ocasión lo aconsejaba, y pocos días después se puso en marcha el ejército. Se componía éste de doce mil infantes, cuatro mil caballos y cerca de un centenar de elefantes.

Cuando los romanos advirtieron que los cartagineses realizaban las marchas y situaban sus campamentos en lugares llanos y descampados, aparte de que en esto les sorprendía la novedad, sin embargo, seguros del éxito, ansiaban venir a las manos. En efecto, se fueron aproximando y acamparon el primer día a diez estadios de los enemigos. En el siguiente celebraron consejo de jefes cartagineses sobre por qué y cómo se había de obrar en el caso presente. Pero las tropas, impacientes por el combate, se aglomeran en corrillos, claman por el nombre de Jantipo y piden que se las saque cuanto antes. En vista de este ardor y deseo del soldado, junto con el asegurar Jantipo que no había que dejar pasar la ocasión, ordenaron los capitanes que estuviese pronta la armada, y dieron atribuciones al lacedemonio para que usase del mando conforme lo creyese conveniente. Revestido de este poder, sitúa sobre una línea los elefantes al frente de todo el ejército. A continuación de las bestias coloca la falange cartaginesa, a una distancia proporcionada. Las tropas extranjeras, a unas las introduce en el ala derecha, y otras, las más ágiles, las coloca con la caballería al frente de una y otra ala.

Después que vieron los romanos formarse a sus contrarios, salieron al frente en buena formación. Pero asombrados por presentir el ímpetu de los elefantes, ponen al frente los vélites, sitúan a la espalda muchos manípulos espesos y dividen la caballería sobre las dos alas. Por el hecho mismo de ser toda su formación menos extensa que antes, pero más profunda, estaban perfectamente dispuestos para resistir el choque de las fieras; pero para rechazar el de la caballería, que era mucho más superior que la suya, lo erraron de medio a medio. Después que ambas armadas se situaron a medida de su deseo, y cada línea ocupó el lugar que la correspondía, permanecieron en formación, aguardando el tiempo de llegar a las manos.

Lo mismo fue ordenar Jantipo a los conductores de los elefantes que avanzasen

y rompiesen las líneas enemigas, y a la caballería que los cercase y atacase por ambas alas, que acometer también los romanos con gran ruido de armas y algazara según la costumbre. La caballería romana, por ser la de los cartagineses más numerosa, desamparó al instante el puesto en una y otra ala. La infantería situada sobre el ala izquierda, en parte por evitar el ímpetu de las fieras, y en parte por desprecio de las tropas extranjeras, atacó la derecha de los cartagineses, y haciéndola volver la espalda, la rechazó y persiguió hasta el campo. Las primeras líneas que estaban frente a los elefantes, agobiadas, rechazadas y atropelladas por la violencia de estos animales, murieron a montones con las armas en las manos. El resto de la formación, por la profundidad de sus filas, continuó sin desunirse durante cierto tiempo; pero cuando las últimas líneas, rodeadas por todas partes de la caballería, se vieron obligadas a hacer frente para pelear, y las primeras que habían abierto brecha por medio de los elefantes, situadas estas fieras a la espalda, se encontraron con la falange cartaginesa, intacta aún y coordinada que las pasaba a cuchillo; entonces, hostigados por todas partes los romanos, la mayor parte fue presionada por el enorme peso de estos animales, el resto sin salir de formación fue asaetado por la caballería y sólo unos pocos pudieron huir. Pero como el terreno era llano, unos murieron arrollados por los elefantes y la caballería; otros, hasta quinientos que huían con Régulo, fueron más tarde hechos prisioneros y conducidos vivos con el mismo cónsul. Los cartagineses perdieron en esta acción ochocientos soldados extranjeros, que estaban opuestos a la izquierda de los romanos. De éstos únicamente se salvaron dos mil, que persiguiendo al enemigo, como hemos dicho, se desplazaron fuera de la batalla. Todos los demás quedaron sobre el terreno, a excepción del cónsul Régulo y los que con él escaparon. Las cohortes romanas que se salvaron se refugiaron en Áspide milagrosamente. Y los cartagineses, satisfechos con el suceso, volvieron a la ciudad, después de haber despojado los muertos, llevando consigo al cónsul y los demás prisioneros.

Reflexione alguien detenidamente sobre este paso, y hallará infinito conducente al arreglo de vida de los mortales. La desdicha que acaba de suceder a Régulo es una demostración de que aun en las prosperidades debemos desconfiar de la fortuna. El que poco antes no daba lugar a la compasión ni cuartel al vencido se ve hoy obligado a suplicar a este mismo por su propia vida. Parece que lo que en otro tiempo dijo tan al caso Eurípides, *que un buen consejo vale más que muchas manos*, lo está ahora confirmando la misma experiencia. Un solo hombre, un solo consejo, aniquila ejércitos al parecer invencibles y disciplinados; al paso que restablece una república que visiblemente se iba a desmoronar de todo punto y recobra los ánimos abatidos de sus tropas. He hecho mención de estos avisos para corrección de los que lean estos comentarios. Pues siendo los dos caminos que tienen de rectificar sus defectos los humanos, el de sus propias infelicidades o el de las ajenas, aquel que nos conduce por nuestros propios infortunios es sin duda más eficaz, pero más seguro el que nos guía por los ajenos. Por lo cual de ningún modo debemos escoger voluntariamente el primero, porque nos proporciona la corrección a costa de muchas penas y trabajos; pero el segundo lo debemos recorrer siempre buscando, porque sin riesgo alguno nos hace verlo mejor. A vista de esto, debemos estar convencidos que el mejor estudio para moderar las

costumbres es el que se forma en la escuela de una fiel y exacta historia. Porque sola ella en todo tiempo y ocasión nos provee sin riesgo de saludables avisos para lo mejor. Pero esto baste de moralidades.